

TEMA 2. INSTRUCCIONES PARA LA PROPAGACIÓN DE LA ADORACIÓN NOCTURNA

Mi querido amigo: No me permiten otros deberes y atenciones contestarte particularmente acerca de las dificultades que hallas para la propagación de nuestra idea de la adoración nocturna al Santísimo Sacramento.

Me dices, y lo creo, que hay dificultades de parte de los adoradores, de sus familias y aún de los mismos que debían proteger y animar al propósito, puesto que por prudencia, y sin rechazar la idea, la miran o tienen por impracticable.

Creo comprender bien tus escrúpulos. Pero, con la ayuda de Dios, voy a vencerlos, y de paso que te escribo lo hago para mi periódico, en el que no huelga en verdad esta serie de cartas.

La dificultad para hallar adoradores ha de ser la menor, porque hay una cierta aptitud en los seglares para iniciar o secundar todas las obras piadosas o de caridad. Lo indudable es que las obras seglares prosperan, y las puramente eclesiásticas son más contrariadas y perseguidas.

Además, la devoción eucarística se había olvidado, por decirlo así, y de años a esta parte se ha fomentado mucho en toda Europa por ministerio de seglares.

Por otra parte, no se debe olvidar que cualquiera devoción, cuando no se fomenta en un país, no aparece; y apenas se fomenta un poco, salen de todas partes personas simpáticas a la idea, que antes eran devotos platónicos, y que, dado un foco de propaganda, se conciertan y se prestan a concurrir en la medida de sus fuerzas al mismo propósito.

Cuando, por ejemplo, hemos comenzado a dar a luz LA LÁMPARA DEL SANTUARIO parecía una empresa insostenible, y la Revista está en el décimo año.

La adoración nocturna en Roma existe desde el año noveno del presente siglo; en Bélgica hace más de treinta años, y veintitantos ha que vive en Francia; y se adora a Jesús Sacramentado por la noche en Inglaterra y aún en Austria, ¿Por qué no podrá hacerse otro tanto en España? ¿Nos aventajarán en devoción eucarística? No lo creo. ¿Cómo será que, sin embargo, no se crean secciones de adoradores en la Península, señaladamente en Lugo y León, en que su divina Majestad está expuesto noche y día a la pública veneración de los fieles? Pues consiste en que no se promueve, que no tomó nadie la iniciativa. Movámonos, enfervoricémonos unos a otros, y variarán y mejorarán así las cosas.

Después de todo, la obra es sencilla, y la asociación es seglar, bien que necesita la bendición de la Iglesia.

Deben buscarse ante todo personas que acepten la idea, reuniendo hasta el número de doce o catorce; organícese esta agrupación provisionalmente, y luego acérquese a la superior autoridad eclesiástica de la diócesis para obtener su bendición.

Luego se enteran bien los afiliados del reglamento y ya con doce o trece se puede celebrar una Vigilia al mes. Si se unen veinticuatro a treinta, dos vigiliadas al mes, y por cada nuevo grupo de catorce socios, aumentar un día más al mes, y así sucesivamente.

Los asociados hay que buscarlos entre los que comulgan a menudo o acreditan afición especial a este adorable misterio.

Por sabido que estos guardias o adoradores nocturnos no se encuentran buscándolos a campana tañida, como se suele decir, o en los puntos de reunión pública, aunque sea para cosas buenas. No es tal el sistema conveniente; importa, por el contrario, escudriñar con prudencia quiénes son los fieles que más frecuentemente comulgan y allí está nuestro vivero.

Las condiciones apetecibles de un adorador son la piedad, antes que todo, y que por sus circunstancias pueda concurrir. De edad cualquiera sirve, siendo pasados de quince años, y que si tienen padres consientan éstos. Las personas de edad convienen para ser jefes de noche y dar prestigio y respetabilidad a la asociación, mientras que los jóvenes convienen porque tienen más resistencia; pero son pocos por ahora los que admiten la idea nueva.

Para encontrar adoradores es preciso tener gran fe, pues que el Señor no falta jamás a los que en Él confían. Si se descubriera la acción lenta, a nuestra mirada, pero segura, de la Providencia en orden a reunir asociados, estoy seguro que nos daría vergüenza lo poco que hacemos y lo que nos auxilian los invisibles colaboradores espirituales.

Para los ejercicios de perfección, como lo es éste, Dios nos ayuda tanto, que se podría afirmar, sin peligro de error, que lo hace todo.

Bien se puede recordar lo que el Señor dijo a sus Apóstoles: «Yo os elegí, no sois vosotros los que me habéis elegido a mí;».

Avivando la fe que traspasa las montañas, creyendo que Dios nos ayuda, creemos la verdad. Ánimo, pues querido amigo mío, y no desmayes.

Sin embargo, el celo ha de ser prudente en sus proceder, no invitando sino a las personas que por su método de vida, su devoción práctica, su formalidad y su perseverancia puedan servir para la obra. Los otros vienen y se van con la propia facilidad. El descarte lo hace la Providencia divina por caminos que no son visibles, trayendo a nuestra memoria aquella frase: «A éste humilla, a aquél exalta,» y podemos añadir que los mismos que vienen sin preparación se marchan ellos los primeros.

Tal vez te convenga aquel devoto que te edifica en la iglesia por su compostura y recogimiento. Invítale. Y si rehúsa o no puede, ten por seguro que no está llamado pues la vocación no es terrena, sino celestial.

Luego para no dejar la empresa de la mano, importa advertir que tal vez el Señor pone a prueba tu paciencia; pero no te abandonará, no te dejará solo en la escena. Es preciso así bien no dar al olvido que las contrariedades y obstáculos son compañeros de la obra de este género. Y casi podríamos añadir que cuanto mejor sea la obra, más óbices permite el Señor

que se la pongan para ejercitar el celo y avivar la solicitud; pues, como dice el Apóstol, «la virtud se perfecciona en la enfermedad, en la lucha, en la contradicción.» Luego, Dios es buen pagador, y todo lo recompensa largamente.

En las dificultades, elevar a lo alto la mirada y acudir a Dios, que hará en tal concepto verdaderas maravillas para premiar nuestra constancia y fidelidad.

(L.S. Tomo X (1879) págs. 48-53)